

Miguel Ángel del Arco Blanco, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, Barcelona, Crítica, 2022, 449 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.42.2022.1405-1408>

En el marco de las ciencias sociales, los debates en torno a la propia historia y la memoria han ocupado una parte nada desdeñable de las reflexiones y debates actuales. La historiografía, en este sentido, no ha sido una excepción, sino que se presenta como la disciplina más relevante sobre la que dar una posible respuesta a las llamadas “guerras de memoria” a las que estamos asistiendo en el siglo XXI en todo el mundo. A diferencia de la pretendida (y pretenciosa) equidistancia de algunos profesionales de la historia sobre la memoria sobre la guerra civil española, actualmente contamos con aportaciones y trabajos que, desde el rigor y entendiendo la Historia, con mayúscula, como una “larga duración” (siguiendo la definición de David Armitage) se han adentrado en el estudio de la memoria. Ésta, como muy bien destaca el autor de la obra que reseñamos, guarda su principal complejidad en que no se basa en el pasado, sino en el presente y sus propias categorías, haciendo que la explicación de los hechos pretéritos sea una necesidad sobre la que pueda educarse, finalmente, no ya sólo en conocimiento histórico sino en una memoria plural y cívica, realmente incluyente.

Esta finalidad, unida al compromiso del historiador como científico social, es ni más ni menos la que persigue el profesor Miguel Ángel del Arco Blanco en su monografía *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*. La propuesta del autor se centra en los lugares de memoria erigidos por el bando sublevado o rebelde, a partir de la guerra del 36, dedicados a honrar la memoria de quienes ya en agosto de 1936, como señala Miguel Ángel del Arco, habían cristalizado como “caídos por Dios y por España”. Para poder ofrecer un discurso lo más completo posible, el autor divide su obra en tres partes: una primera, centrada en el análisis de los propios monumentos a los caídos desde 1936; una segunda, centrada en el análisis de los significados e iconografía de estos mismos monumentos, para los que la “cruz a los caídos” era el eje

fundamental de todos ellos; y una tercera parte, en la que el autor ofrece una visión de conjunto a partir del destino que corrieron estos lugares de memoria desde los años sesenta hasta la actualidad, centrándose en el tardofranquismo, la transición hacia la democracia y la que consideraríamos nuestra España actual.

En la primera parte, como hemos adelantado, Miguel Ángel del Arco Blanco demuestra, tras una investigación minuciosa de cada monumento erigido o proyectado en España desde el verano de 1936, cómo el bando rebelde durante la guerra (incluyendo en éste sus distintas familias políticas) contó con un amplio apoyo social en buena parte de la geografía peninsular a la hora de levantar monumentos a los caídos “por Dios y por España”. Ello, ciertamente, no tuvo que ver en un primer momento tanto con un compromiso ideológico sin fisuras, sino con una cultura memorial en torno a la figura del “caído” que no era excepcional en la Europa de entreguerras, sobre todo a partir del conmemoracionismo posterior a la Gran Guerra. El propio avance de la guerra en España, sin embargo, llenó de monumentos a los caídos los pueblos y ciudades, suponiendo un desembolso de dinero público y privado que tuvo como finalidad, únicamente, honrar a los muertos de un bando y legitimar, moral y simbólicamente, el “Nuevo Estado” primero autoproclamado desde Burgos y, a partir de abril de 1939, sito en Madrid en la forma de la dictadura de Franco. Las cruces, por encima de cualquier otro elemento simbólico, fueron las elegidas para recordar a los caídos en la “Cruzada” y, de paso, “purificar” el espacio público.

Precisamente, el carácter simbólico de heroísmo y martirio fue al que remitió el significado de estos monumentos a los que, tras una verdadera “eclosión” durante la contienda e inmediata posguerra, fueron paulatinamente menos los inaugurados conforme avanzó el tiempo y la propia dictadura. No obstante, Miguel Ángel del Arco muestra cómo el régimen no dejó de mirar hacia los caídos de una “Cruzada” en la que las cruces servían como recordatorio de su sacrificio “por Dios y por la Patria”, siendo así lugares de memoria claramente excluyentes y destinados sólo a una parte de la sociedad española: la que ganó la guerra. El culmen de este martirologio apocalíptico lo encontraríamos en el Valle de los Caídos, al que el autor dedica un magnífico último capítulo de la segunda parte de la obra. Aun así, no deja de destacarse que, tras la memoria a los caídos, desde los años cincuenta comenzó a volar la sombra de un olvido premeditado desde las instituciones del régimen (sobre todo de cara al exterior) y de su normalización en el espacio público.

Por último, la tercera parte de la obra ofrece una visión de conjunto sobre los lugares de memoria franquistas a partir del tardofranquismo hasta la actualidad. Esta tercera parte es posiblemente la de mayor calidad en cuanto a la hermenéutica del autor, al ofrecer una perspectiva amplia y rigurosa sobre las problemáticas existentes entre el pasado, sus usos (y abusos) y las políticas de memoria posteriores a la muerte de Franco. Después de plantear el abandono y vandalismo sufridos por los monumentos que simbolizaban la dictadura y a cuyos caídos, en muchos casos, sencillamente ya no se recordaba, Miguel Ángel del Arco Blanco se centra en el destino de estos lugares de memoria ya en democracia. A su juicio, y tras las explicaciones y profundo análisis de las dos primeras partes de la obra, las dudas sobre qué hacer con estos monumentos llegaron a la democracia actual planteando los retos a los que se enfrenta nuestra sociedad. A tal efecto, incide en la Ley llamada “de memoria histórica” de 2007 para plantear los problemas y desencuentros que ésta ha generado en la sociedad. Las “guerras de memoria” actuales han dependido en buena medida de cómo se han gestionado los lugares de memoria erigidos durante el franquismo, teniendo en cuenta que hubo otra España (la republicana o leal) que no recibió reconocimiento alguno. Sin embargo, en la actualidad nos asomamos a una reivindicación constante sobre los represaliados y muertos tanto a manos del bando rebelde como de la ulterior dictadura que puede degenerar en procesos excluyentes como el que, desde 1936, caracterizó la construcción de cruces a quienes murieron a manos del bando republicano y en su retaguardia. En este sentido, coincidimos en que aquel maniqueísmo entre “buenos españoles” y la “anti-España” del franquismo encontraría, así, un lúgubre reflejo (aprovechado, incluso, por quienes niegan el sufrimiento a los represaliados del bando republicano en un obscuro “revisionismo” y ante la pasividad de quienes se erigen en altavoces de una vergonzante “equidistancia” científica).

Cruces de memoria y olvido ofrece, en suma, una aproximación historiográfica desde la larga duración, utilizando los lugares de memoria franquista para intentar explicar en qué punto nos encontramos como sociedad y hacia dónde podría caminarse en el seno de una democracia que pueda ofrecer una memoria que siempre será imperfecta, poliédrica pero necesariamente cívica e incluyente. Al margen de la política, las llamadas al rigor científico como la de Miguel Ángel del Arco Blanco en esta obra permiten reflexionar tanto al historiador profesional como al lector no

especializado, algo que sólo consiguen las aportaciones de referencia en una disciplina como la Historia Contemporánea.

JESÚS MOVELLÁN HARO

<https://orcid.org/0000-0001-5162-5228>

Universidad de Cantabria / Grupo HICOS

jesus.movellanharo@gmail.com